



2. LA NO-HISTORIA DE ADELA

El destino en sí no existe, o eso creemos algunos. Existe la Historia, que es la crónica de lo sucedido de verdad. Pero también está la No-Historia, que es el relato de lo que pudo haber sucedido pero no sucedió, porque sucedió otra cosa que no lo hizo posible. Ese es el día de la boda de Adela M. Acababa de casarse en la iglesia de San Pedro. Se casaba con Fernando R. a quien había conocido hacía menos de un año y con quien contrajo unas ganas irreprimibles de hacer mil cosas y enseguida de casarse. En fin, el amor. Tuvo que suspender el noviazgo de cinco años con Carlos S., con quien empezaba a pesarle la juventud invertida en ello (tanta) y una pregunta acuciante e intermitente: «¿por qué?», «pero ¿por qué?» cada vez que se despertaba las mañanas de los domingos, después de haber estado con él la noche del sábado haciendo lo de costumbre. Todo. Carlos se quedó pálido al sentirse despedido, pero no tardó en echarse otra novia, como si en realidad le hubieran hecho un favor. (Así es la vida).

Ese día acababa de iniciar la vida con Fernando, era una mujer enamorada y confiaba en el futuro. Lo que ella llamaba su “locura” permanente, la protección que sentía con él y su forma de hacer las cosas, eran la garantía.

Años atrás había tenido dos pálpitos en el corazón importantes. Uno fue en Madrid, en el Metro, el más extraño y otro con un compañero de trabajo, con el que no se decidió a dar un paso -solo uno- al frente. (También cosas de la vida). Una tarde volvía a la casa de una amiga después de cuidar a su padre en el hospital, tras una complicada operación que le hicieron en Madrid. Viajaba de pie en el fondo de un vagón. Frente a ella un hombre con traje y sin corbata. Empezaron a mirarse y a gustarse de una forma que no se habían

conocido a sí mismos ninguno de los dos hasta ese día. Fue una especie de universo momentáneo conmovedor e irresistible. Cuando ella se dirigió a la puerta para salir, le oyó decir: «¿Quieres tomar un café conmigo?». «No», contestó por inercia, sin saber la razón por la que lo decía y empezó a caminar como aturdida por el andén de la estación de Avenida de América. Pero le miró por última vez alejándose el tren. Si Adela ese día hubiera tomado un café con aquel hombre, se hubiera enamorado de una forma loca, se habrían casado apresuradamente en tres meses, para irse juntos a Oxford, donde él había sido contratado como profesor. Hubiera tenido tres hijos, el mayor habría muerto en un accidente de moto, circunstancia que le marcaría el carácter para el resto de sus días. La vida itinerante por varias ciudades de América y Europa con un marido profesor, no la hubiera hecho feliz más que al principio. Pero habría tenido un amante circunstancial en Minnesota, compañero y amigo de su marido, que la habría hecho soñar el resto de su vida con la felicidad eterna que no tendría nunca. Finalmente hubiera muerto relativamente joven por las secuelas de haber vivido en un lugar con altas concentraciones de gas radón, mal reactor con sus esencias corporales.

Hubo otra oportunidad importante en la vida de Adela: un compañero de trabajo, con el que salía a tomar café a menudo a las once. El mismo día que recibió la noticia de marcharse para dirigir una sucursal del banco en Barcelona, la invitó a comer como despedida. Comieron en otra ciudad solo para no dar que hablar allí, y a los postres, él le dijo que se fuera con él, que la amaba de verdad desde hacía un tiempo. Ella no lo sabía, pero al conocerlo, de repente se dio cuenta de que algo le pasaba también con él. Fue cobarde y le dijo que no podía hacerlo, dando como argumento algo que no era verdad, aunque no lo sabía exactamente: que quería a Carlos, a su novio. Vidal, como se llamaba, el pretendiente, aceptó la noticia y solo le pidió, nada más montar en el coche, un beso. Sin mover los labios, ella lo permitió. Para siempre quedó en la memoria de él la forma lenta de cerrar los ojos de ella en aquel momento, circunstancia que le hizo albergar toda la vida la esperanza de hallarla en alguna parte y retomar aquel beso. Pero eso no sucedería nunca. Si Adela hubiera aceptado aquella proposición, habría sido infeliz desde el primer mes de matrimonio viviendo en Barcelona, puesto que Vidal tenía trastornos obsesivos que le harían la vida imposible. En menos de un año se habría separado, embarazada de una niña y sintiéndose muy sola en Barcelona habría caído en los brazos de un piloto inglés, que tras saciarse de sexo con ella empezaría a recular en detalles, hasta que desapareció. Pero en aquel estado de tristeza conocería a un cliente del banco con mucha psicología que la veía permanentemente triste mientras le solucionaba los asuntos bancarios. Era un hombre prematuramente viudo que la superaba en 15 años, limpio, correcto y amable, con una voz profunda, un tono lento y palabras que eran pura caricia. Aquel hombre la habría cuidado con cariño y dedicación, sin ser realmente el hombre de su vida, el cual no hubiera sido nadie de todos los conocidos. Para hallarlo sería preciso remontarse a otras posibilidades más enrevesadas que llevaría mucho tiempo describir...

Adela acababa de casarse, era feliz por lo menos ese día. En la espera y en la confianza del porvenir quedaba la intriga. Para ella no, para la historia del mundo sí.